LIBRO DE HECHOS

Lección 36, Capítulo 15 Continuación 3

La vez pasada examinamos detenidamente Hechos 15:20, donde Santiago, hermano de Yeshua y líder supremo del Camino, dice lo siguiente refiriéndose a los nuevos creyentes gentiles que vivían en Antioquía:

Hechos 15:20 (CJB): «En cambio, debemos escribirles una carta diciéndoles que se abstengan de las cosas contaminadas por los ídolos, de la inmoralidad sexual, de lo que ha sido estrangulado y de la sangre».

Esta declaración formó parte de una decisión trascendental del Concilio de Jerusalén: no exigir la circuncisión a los gentiles que quisieran adorar a Yeshua como Salvador y Dios. En esencia, esto significaba que podían seguir siendo gentiles y no convertirse al judaísmo. También aprendimos que esta lista de cuatro prohibiciones no era un conjunto de reglas recién inventadas para los cristianos, sino que provenía directamente de la Ley de Moisés, como rastreamos en Levítico 17 y 18. Más aún, la idea de que inicialmente no se esperaba que los prosélitos gentiles siguieran toda la **Halakhah** judía, ni siquiera la parte de la **Halakhah** que correspondía a la Ley de Moisés, ya era bien conocida dentro del judaísmo, como lo demuestra la jurisprudencia registrada en el Talmud. La idea era que a los nuevos creyentes gentiles se les dieran unos pocos mandamientos básicos que obedecer —los más fundamentales y directamente relacionados con la pureza ritual— y que, con el tiempo, a medida que crecieran y maduraran en la fe, se les enseñara la Torá en las sinagogas y se les exigiera más, cada uno a su propio ritmo. Por eso era necesario poner en práctica de inmediato esas cuatro reglas: sin mantenerse ritualmente puros, los creyentes gentiles no podían entrar en una sinagoga ni compartir la mesa con los judíos.

¿No es este un enfoque muy sabio, aunque no encontremos necesariamente en las Escrituras un mandato directo que lo establezca como método? Los cristianos y mesiánicos de hoy deberían tomar nota al evangelizar y acompañar a los nuevos creyentes. Quienes acaban de conocer al Señor son como niños pequeños que apenas han aprendido a caminar y hablar. Sería absurdo, si no poco amable, esperar que rápidamente pasaran a correr maratones, pronunciar discursos elocuentes o dar explicaciones elaboradas de su fe. También sería

irrazonable esperar que su conducta cambiara de la noche a la mañana hasta alcanzar nuestro estándar de santidad. Más bien, debemos acogerlos, darles algunas instrucciones básicas y alimentarlos constantemente con la Palabra de Dios. A medida que crezcan en la Palabra, se les puede animar gradualmente a obedecer más mandamientos de Dios de manera plena y constante. Esto no significa excusar ni encubrir su pecado; puede significar, en cambio, explicar los pecados que se deben principalmente al desconocimiento de los caminos de Dios de una manera misericordiosa y amorosa, en lugar de condenar al nuevo creyente por sus transgresiones. No es diferente de criar a los niños: no esperamos que los de preescolar se comporten como estudiantes de secundaria. Madurar es un proceso largo que requiere cuidado, tiempo y paciencia.

VOLVAMOS A LEER HECHOS 15:22 HASTA EL FINAL

Una vez que el concilio de líderes tomó su decisión y determinó cómo proceder, el siguiente paso fue comunicarla a la congregación de Antioquía; habitualmente esto se hacía enviando una carta oficial. Los líderes anunciaron su decisión a los judíos mesiánicos de Jerusalén y recomendaron a algunos hombres para que fueran a Antioquía a entregar la carta. Enviaron a un hombre llamado Y'hudah (Judá), también conocido como Bar-Sabba, y a otro llamado Sila. Judá era su nombre hebreo, mientras que Bar-Sabba era su nombre arameo. Estos hombres no formaban parte del consejo de liderazgo del Camino, pero probablemente estaban en uno de los primeros escalones de la jerarquía de liderazgo. ¿Por qué decidieron enviar hombres de Jerusalén para que acompañaran a Pablo y Bernabé? Porque querían autenticar que el edicto provenía directamente del consejo. Después de todo, lo que había provocado la reunión del concilio fue que un grupo de creyentes autoproclamados, convencidos de que los gentiles debían circuncidarse y convertirse al judaísmo, había salido de Jerusalén hacia Antioquía dando a entender que sus exigencias eran una doctrina respaldada por los líderes del Camino en Jerusalén. Como esta carta revocaba esa doctrina, el Concilio de Jerusalén debió considerar necesario aportar la prueba más contundente posible de su autenticidad.

Hablemos un momento de la primera de las cuatro prohibiciones para los creyentes gentiles. Las palabras son abstenerse de las «cosas» contaminadas por los ídolos (o, como dice la carta, «sacrificadas a» los ídolos). Por lo general, se entiende que esto se refiere a los alimentos, pero no solo se ofrecían alimentos a los ídolos. Se ofrecía de todo: desde mascotas de la familia hasta ropa, vino, joyas y amuletos. Por eso, esta regla abarca muchas cosas. Dicho esto, quizá los alimentos ocupaban el

primer lugar en cuanto a la pureza ritual de los judíos; por lo menos, la instrucción incluía la comida y probablemente se enfocaba en los alimentos ofrecidos a los ídolos. Sin embargo, el tema subyacente es la idolatría, y la adoración de ídolos era el pilar de todas las religiones paganas.

Como comentamos la vez pasada, la prohibición de la fornicación se usa para referirse a cualquier clase de actividad sexual inmoral —inmoral, por supuesto, según la Torá—. Pensemos en esto por un momento: Santiago establece cuatro reglas, pero, según la doctrina cristiana, también estaría aboliendo el resto de los mandamientos de la Torá para los creyentes gentiles. Hay muchas leyes de la Torá que, consideradas en conjunto, definen la actividad sexual inmoral o ilícita; no se trata de una sola. Dios define cuidadosamente estos términos en su Palabra, pero hay que buscar en la Torá, desde Génesis hasta Deuteronomio, para reunir todas sus reglas sobre la actividad sexual humana. Entonces, ¿qué estándar de moralidad sexual pretendía Santiago que siguieran los cristianos gentiles para determinar qué era lícito y qué no? ¿Cómo se define la fornicación y qué código legal se utiliza? ¿El código romano? Por supuesto que no. Los creyentes deben seguir el código legal de Dios, que se encuentra en la Torá. Así que, aunque esta regla sobre la fornicación parezca un solo mandamiento sencillo, en realidad incorpora varias leyes de Moisés.
La regla contra estrangular a un animal destinado a alimento es parecida. Puede sonar como una sola regla sencilla, pero varias leyes de Moisés explican cómo sacrificar animales para alimento con el fin de preservar la pureza ritual. También hay aspectos relacionados con el trato humanitario de las criaturas de Dios. Una vez más, aunque veamos una regla general sobre matar un animal para alimento, el estándar que la rige se encuentra al reunir varias leyes de Moisés, que, por supuesto, se esperaba que estos nuevos creyentes obedecieran.

Lo que vemos, entonces, es que la primera y la tercera regla se dirigen principalmente a los alimentos. Comer un animal ofrecido a un ídolo —es decir, a un dios falso— infringe las leyes alimentarias de Dios. También las infringe estrangular hasta la muerte a un animal destinado a alimento antes de comerlo. Finalmente, la cuarta regla, abstenerse de sangre, también se aplica al menos en parte a los alimentos. Tres de las cuatro reglas se relacionan con lo que hace que un alimento sea kosher; y el carácter kosher tiene que ver con la pureza ritual, además de distinguir qué alimentos permite o prohíbe Dios desde el principio. Lo repetiré: tres de las cuatro reglas establecidas en Hechos 15 para que las obedezcan los cristianos gentiles están relacionadas con la comida y la dieta. Y todas provienen directamente de la Torá. Qué interesante: ¿no enseña la

doctrina cristiana que se eliminaron todas las leyes alimentarias kosher, al menos para los cristianos gentiles? Sin embargo, aquí el Concilio de Jerusalén les ordena obedecer tres reglas alimentarias kosher habituales.

Pero el asunto de la sangre no termina ahí. «Sangre» es una especie de término abreviado judío que abarca varios asuntos. La sangre es sagrada, sea animal o humana. El derramamiento de sangre humana debe tratarse de cierta manera; de lo contrario, se infringe la Torá de Dios. Lo mismo sucede con el derramamiento y el uso de sangre animal. Distintos comentaristas sostienen que la prohibición de Hechos 15 se refiere únicamente al asesinato, únicamente a la sangre en relación con los alimentos, o a ambas cosas. Sin duda, el alcance de esta regla es ambiguo. Sin embargo, podemos saber que la frase está construida de modo que la prohibición de la sangre se relaciona directamente con los animales estrangulados, cuya sangre no se drena; pero eso no significa necesariamente que no incluya también el homicidio y otros asuntos relativos a la sangre humana. En mi opinión, con certeza se refiere a cómo deben sacrificarse los animales destinados a alimento y al tratamiento posterior de su sangre —por ejemplo, no usarla como alimento—, pero probablemente también abarca las leyes sobre el derramamiento de sangre humana. La prohibición de la sangre está comprendida en numerosas leyes de la Torá que distinguen entre asesinato y homicidio involuntario, entre matar a una persona de manera injustificada y hacerlo de forma justificada, e incluso tratan la sangre menstrual y la que se derrama durante el parto. Por tanto, el asunto de la sangre es muy amplio y está definido por varios mandamientos y leyes de la Torá: algunos relativos a los alimentos, otros al trato humanitario de los animales y otros al homicidio.

En resumen, estas cuatro leyes que Santiago proclamó son, en realidad, categorías que abarcan decenas de leyes de la Torá. No solo derivan de la Torá, sino que, sin sus definiciones e instrucciones, ni siquiera tendríamos un estándar para saber qué significan estas cuatro leyes o cómo aplicarlas. Por eso resulta bastante ingenuo que algunos comentaristas afirmen que, al establecer estas cuatro reglas, Santiago reemplazó y abolió efectivamente la Ley de Moisés para los gentiles.

El encabezado de la carta a los creyentes gentiles comienza en el versículo 23. Allí se dice que los líderes del Camino —a veces llamados emisarios, título que designa a los doce discípulos originales— y otros líderes llamados ancianos son los autores autorizados de la carta, y que se consideran «hermanos» de los creyentes gentiles. La expresión busca transmitir calidez y amistad, e indicar una relación cercana; no significa

que, por haber recibido todos el Espíritu Santo, los creyentes gentiles compartieran de pronto un patrimonio genético con los líderes judíos.
La carta comienza distanciándose de los creyentes judíos que fueron a Antioquía sin autorización apropiada y les dijeron a los gentiles que debían circuncidarse. El punto importante es que aquí se afirma expresamente que la facción de la Circuncisión salió de este grupo de creyentes y miembros del Camino; y saber que algunos eran fariseos no cambia ese hecho (Pablo también era fariseo). Por eso, cuando Pablo llama «impostores» a los hombres de la facción de la Circuncisión en Gálatas 2:4, debemos entender que Pablo utiliza, como suele hacerlo, un tono duro al escoger sus palabras. Pero también debemos reconocer que, aunque parece cuestionar la fe de estos hombres por creer que los gentiles debían circuncidarse, Santiago, líder del Camino, evidentemente no cuestiona su fe; sencillamente no está de acuerdo con su doctrina sobre la circuncisión de los gentiles. La carta también confirma que los hombres que la entregan están plenamente autorizados para hacerlo.

El versículo 28 básicamente les dice a los gentiles lo que ya sabemos: que las primeras cuatro cosas que se les exigen de inmediato son abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la inmoralidad sexual. Al leer cuidadosamente este pasaje, descubrimos que no se dice ni una palabra que refute directamente la afirmación de la facción de la Circuncisión de que los gentiles deben circuncidarse para adorar a Yeshua; ni siquiera se menciona el tema de la circuncisión. Más bien, se da a entender al decir que, si los gentiles obedecen estas cuatro prohibiciones, estarán haciendo lo correcto. En mi opinión, aquí el cristianismo ha tomado un rumbo extraño e injustificado. Recuerdo haberles dicho a mis hijos adolescentes que debían concentrarse en ir a la escuela y sacar buenas notas, porque eso serviría de base para gran parte de su futuro. Si lo expresáramos en el lenguaje de esta carta, les estaría diciendo que, si van a la escuela, estudian y obtienen buenas notas, estarán haciendo lo correcto. ¿Significaría eso que todas las demás reglas y exigencias de la casa quedaban abolidas y que lo único que debían hacer era ir a la escuela y sacar buenas notas? ¿O que desaparecían todos los límites mientras cumplieran con eso? Les aseguro que no lo entendieron así. Seguían teniendo que obedecer, regresar a casa a la hora indicada, bañarse, limpiar sus habitaciones, etc. La cuestión es esta: ¿significa realmente esta instrucción que los gentiles deben obedecer SOLAMENTE estas cuatro cosas e ignorar para siempre todo lo demás? ¿Dice o implica que nada más les importa o que todo lo demás queda anulado para ellos? No. Dice que, si los creyentes gentiles hacen estas cuatro cosas, estarán actuando bien, es decir, irán por el camino correcto. Aquí no se da a entender de ninguna manera que estas

cuatro reglas sean el alfa y la omega de todo lo que un creyente gentil —un cristiano— deba o no deba hacer en adelante. Sin embargo, durante muchos siglos el cristianismo ha leído erróneamente ese significado en el pasaje para separarse de los judíos y del Antiguo Testamento.

Oro para que vean que, desde cualquier perspectiva, es ilógico llevar esta carta de Hechos 15 al extremo de concluir que los cristianos solo tienen cuatro reglas nuevas que seguir y que, por tanto, Santiago, hermano de Cristo, abolió la Ley de Moisés. Para empezar, sin conocer la Ley de Moisés ni siquiera sabemos qué significan estas cuatro reglas ni cómo cumplirlas. Y si la Ley de Moisés está abolida, estas cuatro reglas necesariamente quedan abolidas junto con ella —al igual que los Diez Mandamientos, por cierto—. Además, hay algo que quiero señalarles y que resulta muy pertinente hoy. Debido a la influencia cada vez mayor del islam en Occidente, ahora es común encontrar en mercados y restaurantes carnes etiquetadas claramente como «halal». Un buen musulmán no come carne a menos que tenga la certeza de que es halal. Halal es, esencialmente, la versión islámica de kosher. El problema es que parte de lo que hace que la carne sea halal para los musulmanes es que, durante su procesamiento, debe dedicarse a Alá. En concreto, una autoridad religiosa musulmana recita una oración sobre la carne; esta oración de dedicación a Alá se llama tasmiya o shahada. Espero que esto les inquiete, porque si Alá es un dios falso, ¿no parece estar aquí el núcleo del asunto de la regla de Hechos 15 contra comer cosas dedicadas a ídolos, puesto que los ídolos no son más que representaciones de dioses falsos? Hasta hace poco, no teníamos que preocuparnos por comer carne dedicada a ídolos, algo que el cristianismo ha considerado durante mucho tiempo un vestigio irrelevante. Pero aparece el islam, junto con un movimiento de tolerancia que busca complacer a esa religión, y de pronto esta regla vuelve a ser muy pertinente. Lo diré claramente: si comen carne aprobada como halal, están comiendo carne dedicada a un ídolo… a un dios falso… Alá. Les aconsejo encarecidamente que no lo hagan.

La historia de Hechos 15 llega pronto a su fin. Se nos dice que los dos emisarios, Judá y Sila, acompañaron a Pablo y Bernabé de regreso a Antioquía, donde se convocó una reunión de la congregación y se leyó la carta. Según el relato, la gente se alegró por el ánimo que les dio. Sin duda, «la gente» se refiere tanto a judíos como a gentiles, porque esta decisión resolvía problemas para ambos grupos. Significaba que los varones gentiles adultos no tendrían que pasar por la dura experiencia de la circuncisión ni renunciar a su identidad gentil para convertirse en judíos, algo que podría tener efectos de gran alcance en sus familias, amistades y negocios. Para los judíos, quedaba claro que sus autoridades

religiosas, el Concilio de Jerusalén, habían decidido que, si los gentiles obedecían esas cuatro reglas, se resolvería el asunto de la pureza ritual y los judíos ya no correrían el riesgo de contaminarse al relacionarse con esos creyentes gentiles.

Se nos dice que Judá y Sila eran profetas y que, por ello, dijeron muchas cosas para animar y fortalecer a los hermanos. El término «profeta», tal como se usa aquí, no significa alguien capaz de predecir el futuro ni un hombre llamado por Dios para entregar un nuevo oráculo. Para entonces, el término había evolucionado y principalmente significaba una persona que enseñaba la Palabra escrita de Dios. Los profetas solían ser predicadores itinerantes, por así decirlo, y se les consideraba entre los más autorizados, conocedores y sabios para discernir las Sagradas Escrituras; por eso eran bien recibidos y honrados.

Con el tiempo, Judá y Sila se marcharon para regresar a Jerusalén, pero Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía. Estos dos discípulos habían creado un fuerte vínculo con la sinagoga de Antioquía, y su lealtad a la gente de allí queda de manifiesto. Después de un tiempo, Pablo sugirió a Bernabé que sería bueno visitar las otras congregaciones de creyentes que habían establecido en varias ciudades. Bernabé quería incluir en el viaje misionero a su pariente Juan Marcos. Está bastante claro que el liderazgo de Jerusalén no controlaba el ministerio de Pablo y Bernabé; más bien, ellos decidían qué hacer en conjunto con la congregación de Antioquía. Sería exagerado describir esto como una ruptura, pero sí está claro que a los creyentes de Jerusalén les preocupaban principalmente los judíos, mientras que a Pablo le preocupaban sobre todo los gentiles. La manera de predicar el Evangelio, formar nuevos creyentes y discipularlos necesariamente variaba según se testificara a gentiles o a judíos. También variaba según los judíos vivieran en la Tierra Santa o en un país extranjero. Por eso había desacuerdos doctrinales y debemos tenerlos en cuenta al leer las epístolas de Pablo. Pablo siempre parte de cierta perspectiva, debido a su misión y sus objetivos, y esa perspectiva no siempre coincide con la de Pedro o Santiago. Si comparamos sus escritos sobre asuntos comunes, veremos diferencias sutiles pero importantes.

Quiero detenerme un momento para señalar algo sobre la evangelización. Una cosa es llevar las Buenas Nuevas a nuestros amigos y vecinos gentiles en Estados Unidos, y otra es llevar esas mismas Buenas Nuevas a los judíos de Israel. Y sí, dependiendo de las circunstancias, también puede haber una tercera variable al llevar las Buenas Nuevas a los judíos de Estados Unidos. Adoptar enfoques distintos y utilizar personas diferentes para evangelizar a estos grupos no solo es prudente, sino

bíblico, como vemos aquí en Hechos.

Hace muchos años, después de varios viajes a Israel, comencé a entender por qué los cristianos que iban allí a difundir el Evangelio tenían tan poco éxito. La razón era que la mayoría de los judíos de Israel no querían escuchar gran cosa de un cristiano, y a los estadounidenses, acostumbrados a una vida cómoda y estructurada, les resultaba difícil relacionarse con la agitación y el caos constantes de la Israel judía. Los israelíes también perciben la ingenuidad cristiana de pensar que pueden tomar sus métodos gentiles estadounidenses y trasladarlos sin más a Israel. Hay otras razones para el fracaso que ciertamente no son culpa exclusiva de los misioneros, sino que también se deben a la cerrazón de quienes reciben el mensaje. El punto es que no existe un método único que sirva para todos al difundir el Evangelio. El grado en que se practican ciertas doctrinas y la manera de seguirlas también varían necesariamente según el público, su cultura y sus circunstancias actuales.

Llegué a la conclusión de que la única manera de lograr verdadero éxito al llevar las Buenas Nuevas a los judíos de Israel era que los propios judíos israelíes creyentes fueran quienes evangelizaran. También debía hacerse en el idioma de Israel: el hebreo. Estos dos elementos derriban muchas barreras que los cristianos gentiles no pueden superar por sí solos, por lo que la lista de quienes pueden realizar eficazmente esta tarea es bastante reducida. Por ejemplo, conozco personalmente a algunos misioneros estadounidenses que han vivido en Israel durante muchos años y han aprendido poco o nada de hebreo. Viven en barrios donde residen otros estadounidenses, para sentirse más cómodos; allí se habla inglés y hay tiendas que satisfacen sus gustos occidentales. ¿Qué creen que eso comunica a los israelíes? ¿Les dice «soy uno de ustedes y estoy a su lado»? ¿O les dice: «No solo no soy uno de ustedes, sino que no considero que valga la pena aprender su idioma ni vivir en las mismas condiciones que ustedes»? Pero, gracias a Dios, Seed of Abraham Ministries tiene dos ministerios en Israel, integrados por completo por judíos creyentes; la mayoría nació en Israel o inmigró allí, y todos hablan hebreo. Están teniendo buenos resultados al establecer relaciones y demostrar el amor y el cuidado que acompañan al conocimiento de Yeshua como Salvador. También están rehabilitando una reputación muy deteriorada que los cristianos han creado a lo largo de los siglos en su trato con los judíos. Sin embargo, su enfoque no sería muy reconocible en Estados Unidos y probablemente tampoco sería muy eficaz para llevar el Evangelio a los gentiles estadounidenses. Más aún, es muy específico de esa cultura, por lo que nuestro personal hace cosas que muchas iglesias sencillamente no aprobarían.

Les digo esto para que comprendan mejor la filosofía y los objetivos de Seed of Abraham Ministries, pero también para ofrecerles una buena metáfora moderna de lo que vemos en este punto de Hechos 15. Existen tensiones subyacentes entre Pablo en Antioquía y los creyentes judíos que trabajan desde Jerusalén y tienen a Santiago y Pedro como líderes. Ahora vemos también una tensión entre Pablo y Bernabé por asuntos familiares. Esto no significa que uno tenga razón y el otro esté equivocado. Es simplemente la dinámica social habitual de los seres humanos; ser creyente en Yeshua —incluso ser apóstol— no nos inmuniza contra estos desafíos.

Bernabé quiere que su sobrino Juan Marcos los acompañe; Pablo no quiere porque no cree poder confiar en él, ya que Juan Marcos los abandonó durante su último viaje misionero (al menos, así lo describió Pablo). Francamente, no estoy del todo seguro de que Juan Marcos sea creyente; nada lo afirma explícitamente. Sabemos que su madre es creyente y que su tío Bernabé también lo es, pero una persona no se convierte en creyente por asociación. Como dijo un amigo el otro día: dormir en el garaje no te convierte en automóvil. Pablo es muy estricto con la lealtad y con la adhesión bastante rígida a las doctrinas que considera correctas. Sin duda, esto se debe en gran medida a su formación farisea, aunque creo que también se relaciona en parte con su personalidad. Pablo se toma todo muy en serio, mientras que Juan Marcos parece no hacerlo tanto. Así que Pablo y Bernabé se separan: Bernabé y Juan Marcos toman un barco hacia Chipre.

Era costumbre que los discípulos viajaran en parejas; por eso, al quedar Bernabé fuera del equipo, Pablo le pidió a Sila que se uniera a él. Partieron hacia Siria y Cilicia, donde Pablo había establecido congregaciones de creyentes. En el versículo 33 se nos dice que Sila y Judá regresaron a casa desde Antioquía, así que aparentemente Pablo envió un mensaje a Jerusalén y le pidió a Sila que se uniera a él. La redacción del versículo 40 sugiere que Pablo salió solo de Antioquía y que debió encontrarse con Sila en algún punto del camino.

Pablo partió con una doctrina nueva e importante para utilizar al formar nuevos creyentes, especialmente entre los gentiles: no necesitaban convertirse al judaísmo para aceptar el mensaje del Evangelio. Sin duda, Pablo también tuvo que convencer a los judíos de que, si los gentiles se abstenían de lo sacrificado a los ídolos, de la inmoralidad sexual, de estrangular animales destinados a alimento y de la sangre, una decisión halájica oficial tomada en Jerusalén establecía que esos gentiles serían ritualmente puros. Esto era fundamental para el rápido crecimiento del

número de gentiles que se unirían al movimiento.

Aunque las circunstancias de la separación de Pablo y Bernabé no fueron justas ni edificantes, el resultado final fue que, en lugar de salir un solo equipo formado por Pablo y Bernabé, ahora dos equipos comenzaron a trabajar en el fértil terreno del mundo gentil. Aunque este desacuerdo, lo bastante grave como para disolver el equipo tan eficaz de Pablo y Bernabé, nos resulte incómodo de leer —queremos pensar mejor de los padres de nuestra fe—, nos recuerda que no eran especiales ni diferentes: eran humanos. Lo que los distinguía de los demás era su Dios, no sus méritos. Sin embargo, Dios utilizó para bien su amarga separación, y cada equipo llegó a ganar muchas almas para el Reino de los Cielos.

LA PRÓXIMA VEZ COMENZAREMOS HECHOS, CAPÍTULO 16.